

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

PARA LA DONINICA I.^a DESPUES DE LA EPIFANÍA.

Ascendentibus illus Jierosolymam secundum consuetudinem diei festi, cum redirent, remansit puer Jesus in Jierusalem.

Luc. cap. II.

¿Veis ese precioso grupo que sale de Nazaret y se dirige á la Ciudad de Jerusalem? ¿Quiénes son? ¿Cuál es el objeto de su viaje? ¿Porqué abandonan su casa y qué buscan en la Ciudad de los profetas? Jesús niño de doce años, el mas hermoso entre los hijos de los hombres, María, su Madre, portento de la naturaleza, y de la gracia, y José, castísimo esposo de esa Virgen Madre y padre putativo, ayo y tutor del divino Infante, se dirijen á Jerusalem á cumplir la ley segun

la costumbre del dia de la fiesta, y habiendo celebrado los dias solemnes de la Páscoa, cuando regresaban, se quedó el Niño Jesús en Jerusalem, sin que sus Padres lo advirtiesen. Y creyendo que el Niño venia con alguno de los grupos, anduvieron camino de un dia, y le buscaban entre los parientes y conocidos. Y como no le hallasen se volvieron á Jerusalem, buscándole. Y aconteció que tres dias despues le hallaron en el templo, sentado entre los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Todos se maravillavan, de la gracia y sabiduria del Niño en sus preguntas y respuestas. Cuando le vieron sus padres, quedaron sorprendidos sin comprender el misterio. Y acercándose, le dijo su Madre: Hijo, ¿porqué has obrado así con nosotros? mira como tu Padre y yo angustiados

te buscábamos. Y el Niño les respondió: ¿Para qué me buscáis? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre, me conviene estar, que lo primero de todo es la gloria de mi Padre? Y descendió con ellos y vino á Nazaret, y estaba sujeto á ellos.

Tal es la letra del Evangelio que voy á exponer, encareciendo la necesidad de santificar los dias festivos, medio efficacísimo para reformar la familia cristiana á imágen y semejanza de la sagrada familia; y para logro de tan saludable propósito imploremos los auxilios de la gracia por la mediacion de María Santísima con el saludo del Angel,

Ave María.

Que los dias de fiesta han sido instituidos para la santificacion del hombre, redimido por Jesucristo y llamado á la herencia de la gloria, lo sabeis vosotros y nócelo todo el que piensa cristiano pensamiento. ¿Y cómo se santifican las fiestas cristianas? Todos los deberes del hombre se contienen en esta sentencia del Real profeta: *Declina á malo et fac bonum*. Quien se aparte de lo que es malo y obra lo que es bueno, ese es que santifica las fiestas y se santifica á sí mismo.

Lo malo que debe evitarse, es

toda obra servil, á saber, el trabajo corporal, y toda ocupacion que se emprenda con ánimo de fomentar los intereses materiales, menospreciando los intereses espirituales. Y como el pecado y la ocasion del pecado son obras serviles, que se oponen con diametral oposicion á la santidad de las fiestas y al fin de su institucion, cierto es que profanan horriblemente los dias festivos los que se entregan á la dissolution y libertinaje en los dias consagrados al servicio de Dios y á la práctica de las virtudes cristianas.

Lo bueno que debemos hacer en las fiestas de Dios y de la Iglesia es asistir al Santo Sacrificio de la Misa, oír la predicacion de la divina palabra, hacer oracion, recibir los Santos Sacramentos, aprender la doctrina cristiana y ejercitarnos en obras de piedad y de misericordia. Hé aquí la manera de cumplir la ley del Señor, y de santificar los dias de fiesta.

El templo es el lugar donde se congrega el pueblo para cumplir sus deberes y aprender sus derechos. Allí se arrodilla ante el altar sagrado donde se ofrece al Autor soberano de todas las cosas el incruento sacrificio en reconocimiento del supremo dominio que ejerce desde el cielo sobre toda la

tierra, en acción de gracias por todos sus beneficios, en demanda de sus gracias y mercedes y para expiación de nuestros pecados. Allí se agrupa en torno de la sagrada tribuna para recojer de los labios del Sacerdote las verdades salvadoras del Evangelio y los oráculos de la infinita sabiduría. Allí se acerca á la sagrada Piscina de la Penitencia donde se purifica de toda mancha y al banquete eucarístico donde se alimenta con el pan de los fuertes y se abraza con su Redentor en el misterio sublime de su *excelentísima caridad*. Allí canta las alabanzas de su Dios y eleva su alma á la consideración de las cosas invisibles, poniéndose al habla por medio de esta telegrafía espiritual con su Padre que está en los cielos y con sus hermanos que viven dichosos en la patria de las alegrías. Allí se ilustra su inteligencia, se robustece su espíritu, se conforta su corazón, y toma la armadura de Dios para luchar con los enemigos de su dicha temporal y eterna.

El templo es la cuna de los hijos de Dios, la escuela donde se forman los discípulos de Cristo, el jardín misterioso donde germinan las virtudes, el sepulcro donde son enterrados los vicios, la sagrada cantera de donde se sa-

can las piedras vivas que han de formar el edificio cristiano de la familia. En el templo se moraliza, se santifica y ennoblece esta trinidad humana, el padre, la madre y el hijo, á imagen y semejanza de la sagrada familia, modelo, ejemplar, y espejo purísimo de la familia cristiana.

Meditad estos ejemplos y obrad según el modelo que teneis á la vista. El hijo de Dios, que no está obligado por ninguna ley, se dirige á Jerusalem en compañía de la Virgen y San José á santificar las fiestas de su país. Pero ¿quién imita? ¿Dónde están los cristianos que toman lecciones y siguen las huellas de la santa familia? ¿A dónde van y qué hacen en los días del Señor las familias cristianas? Fuera de un pequeño número de verdaderos cristianos que no doblan la rodilla ante los ídolos modernos, yo veo una defeción general, la violación pública de la ley divina y la profanación sacrilega y escandalosa de las fiestas cristianas. Dios miró, dice el Profeta coronado, sobre los hijos de los hombres para saber si hay quien le conozca y le busque de corazón, y vió que todos han prevaricado, y que son pocos los que le honran y glorifican sobre la tierra. Ved, en efecto, cómo esos días santos

se convierten en días de iniquidad, esos días de pureza y de penitencia se convierten en días de impureza, de embriaguez y libertinaje, esos días que son de alabanza, de piedad y de plegarias se convierten en días de maldición, de juramentos horribles y de blasfemias infernales. Ricos y pobres grandes y pequeños, familias y pueblos, todos se han conjurado contra la ley de Dios y la santidad de los días de fiesta. *Omnes declinaverunt.*

Los quebranta el comerciante, abriendo su tienda al público y cerrando su conciencia á la ley de Dios, abriendo su libro de cuentas para conocer sus ganancias sin reparar en las pérdidas eternas que sufre su alma, robando á Dios la gloria que le es debida sin acordarse de la infamia eterna que á él le espera.

Los quebranta el artesano que abre su taller y escandaliza al pueblo fiel sin ver ni acordarse siquiera que Dios reprueba su trabajo y maldice desde el cielo las obras de sus manos.

Los quebranta el industrial que abre sus fábricas y obliga con tiránico imperio al infeliz obrero á violar el precepto del Señor, privándole con impía opresión de los consuelos religiosos y condenándole á la ignorancia, á la de-

gradación y al embrutecimiento.

Los quebranta el labrador que trabaja en el campo, ó se entrega á otras faenas que Dios prohíbe, ó abandona la parroquia donde se cultivan los dones de Dios y se tratan los intereses del alma para ir en busca de un interés mezquino, de un lucro vil que no puede encontrar sino al alto precio de su condenación eterna.

Los quebrantan esas turbas de gentes sin fe, sin conciencia y sin temor de Dios que pasan los días festivos en la embriaguez, en diversiones inmorales, en espectáculos peligrosos, en orgiásticos sarao, en todos esos centros de corrupción y libertinaje creados por la civilización moderna para *descatolizar* á los hombres y paганizar á las naciones.

Los quebrantan los padres de familia que abandonan la educación cristiana de sus hijos y contemplan impasibles la profanación que hacen de los días festivos en tabernas y figones donde se entregan á la embriaguez, á la blasfemia, y la impiedad, así como esos bailes modernos, escuelas de libertinaje, focos de inmudicia moral, saturnales del sensualismo mas repugnante, donde triunfan todos los vicios y se ven holladas y escarnecidas todas las virtudes.

¡Pobre juventud! ¡Desgraciada juventud! No te llevan tus padres al templo á santificarte, no te enseñan á seguir las huellas del niño Jesús, tu Dios y tu modelo, no te buscan aunque saben que vas perdida, no se duelen de tus extravíos ni lloran tu desventura. Día vendrá en que buscarán y no encontrarán, llamarán y no se les abrirá, clamarán y no serán oídos.

Si; los padres abandonados pagarán su abandono; victimas serán de su imprevisión, de su negligencia y de su insensato proceder, porque los hijos mal educados tarde ó temprano vienen á ser el tormento, la deshonra y la perdición de sus padres.

Ya es tiempo de poner remedio á dolencias mortales. Sea el padre modelo de vigilancia, de circunspección y energía cristiana en el recinto de la familia. Sean las madres diligentes y celosas en la educación de sus hijas. Sea la sagrada familia el modelo de la familia cristiana, y todos los vicios que deshonran el hogar doméstico, desaparecerán, y todas las virtudes que engendra la fé y hacen la dicha temporal de los individuos, de las familias y de las naciones, recobrarán su dulcísimo imperio, y nos abrirán después de la

muerte las puertas de la eternidad.

—
MIGUEL.

—
IV.

(Conclusion.)

A poco de estos sucesos, salía una noche Miguel de una casa de juego en que habia perdido todo su dinero, quedándole tan solo una moneda de oro de dos duros: con las manos metidas en los bolsillos, y alta aquella cabeza que no reflexionaba ni se abatía, siguió una calle larga y estrecha que conducía al garito de un gitano llamado *el Sérío*, que daba lecciones de *canto flamenco*. De repente sus piés se pararon, su cabeza se extendió con la atención del que escucha, y su corazón, que jamás sintió miedo, saltó en el pecho sobresaltado: triste, tristísimo, y aun mas triste en el silencio, habia llegado á sus oídos el rumor de un llanto; un llanto que desgarró su alma, llenándola de indignación hácia el que lo provocaba; un llanto á que la soledad presentaba su desamparo, y la inocencia privaba de defensa. ¡Era el llanto de un niño!

Miguel corrió hácia aquel sitio; con el ansia y la ligereza con que corre la caridad tras el dolor

llevándole el remedio. Acurrucado en un portal, y pegando su carita contra el suelo, dormía un niño de pocos meses empuñando un mendruguito de pan que rechazaban sus encías aun sin dientes. ¡Y aquella boca de ángel sonreía, sin embargo, entre sueños!... Otro niño de ocho años, hermano del primero, lloraba desconsoladamente, sentado en el mismo umbral de la puerta: tenía en una mano unos billetes de la lotería, imagen de la fortuna para él tan adversa, y en la otra una moneda falsa de veinte reales, que para probar su sonido chocaba contra las piedras. ¡Ángeles de Dios, de los cuales el uno se sonreía, pero sonreía dormido, y el otro lloraba, y lloraba despierto!...

—¿Qué tienes?—preguntó Miguel con tan compasivo interés, que su voz temblaba.

Y sin contestar el niño, seguía llorando, llorando, como si su pena no tuviese consuelo, como si su desgracia no tuviese alivio, como si sus labios, por no tenerla, no pudiesen decir ¡madre!

—¡Tan inocente y ya llora!—pensaba Miguel.—¡Y yo culpable, gasto y triunfo.... ¡Y hay quien no tiene pan, y á mí no se me amarga el que me llevo á los labios.... ¿Dónde está tu justicia, Dios mío?...

Tal discurría el calavera, achacando á Dios los extravíos de los hombres; pero allá en lo profundo de su corazón le gritaba una voz grave:—¡Calla, calla; que no es Dios el injusto, sino el hombre el perverso: si todo el que *puede* enjugase las lágrimas que *debe*, no correrían tantas en el mundo.... Dios no hizo al rico para gozar, ni al pobre para sufrir; sino que encomendó al uno la tutela del otro, señalando al primero la *caridad* como incentivo, y al segundo la *resignación* como escudo.... la riqueza es una deuda contraída con la indigencia, y por eso es ladrón, ladrón vil que roba un depósito, el rico, que siempre cierra al indigente su puerta!...

Casi convulso Miguel, tornaba á preguntar al muchacho el motivo de su llanto: acudió entonces el sereno, y cediendo el niño á las instancias de ambos, dijo que un hombre le había comprado un billete de la lotería, pagándole con aquella moneda falsa; y temiendo el inocente los golpes de su padre, no se atrevía á volver á su casa.

Respiró Miguel, porque podía enjugar aquellas lágrimas, hizo cambiar al sereno en una taberna próxima la moneda de dos duros, resto de su mesada en

otras dos de plata, y dando una al niño, guardó la sobrante en el bolsillo del chaleco. Alegrememente sorprendido el muchacho, corría detrás de Miguel dando gritos de agradecimiento; mas intentando el calavera recobrar su papel de espíritu fuerte, siguió su camino fingiendo un desden que no sentía, y una indiferencia que se hallaba muy léjos de experimentar. En su cabeza aturdida aún por la pesada atmósfera de la sala de juego, confundíanse una porción de ideas á cual más encontradas, que le costaba trabajo definir: veía los montones de oro que cubrían la mesa de la ruleta, y veía también la afligida carita del niño que le sonreía entre sus lágrimas, como sonríe una estrella al asomar entre las nubes: veía la fatal paleta que una á una había arrastrado sus monedas, y veía también la súcia manita del muchacho, que oprimía con ansia el duro salvador: resonaban en sus oídos cual una tormenta las voces de los jugadores que maldecían, y dulce como una música oía la voz del niño que gritaba: ¡Dios se lo pague!

Quería indignarse y no podía; quería llorar y no le era posible.

En esta disposición de ánimo llegó Miguel al garito del gitano:

la voz aguardentosa de éste le pareció más desagradable que nunca, y los gritos y chistes de aquella Soez concurrencia se le hicieron insoportables. Aburrido se salió al fin á la calle y tomó el camino de su casa, sintiendo una ansia, un vacío, una angustia que le martirizaba cruelmente, sin que pudiese acertar de dónde provenía.

—¿Qué tengo Dios mio, que tengo?—se preguntaba.

Y ofuscada su razón no supo contestarle que eran sus nobles sentimientos que despertaban ante las lágrimas de un niño, y luchando por romper la mortaja de fango que los envolvía, gemían como gime lo delicado entre lo grosero, lo elevado entre lo bajo, lo bueno entre lo malo, lo que es del cielo entre lo que solo pertenece el asqueroso cielo de la tierra.

Era mas de la media noche, y nadie transitaba por las calles oscuras y silenciosas: al volver Miguel una esquina, frente ya de su casa, arrojáronse sobre él dos rateros, y mientras uno le amenazaba con su enorme navaja, procuraba el otro despojarle del reloj y el dinero. Miguel era valiente y forzado: dió una fuerte sacudida, despidiendo léjos de sí á los ladrones y disparó contra

ellos su rewólver: huyó uno á la detonacion; mas furioso el otro, arremitió contra el estudiante, tirándole una atroz puñalada. Grujió el acero como si se rompiese, y Miguel sintió un fuerte golpe en la cintura, de que por entonces no se dió cuenta.

Acudieron los serenos á la detonacion y registráronle por ver si tenía lesion alguna. La punta de la navaja del ratero habíase quedado clavada en el duro que Miguel cambió para socorrer al niño, oponiendo una fuerte resistencia, que le salvó de quedar allí sin vida.

—¡Qué casualidad!—decian los serenos, examinando á la luz de sus faroles el duro agujereado.

Y Miguel, que vió el dedo de Dios que le tocaba; Miguel cuyo corazon despertó de repente, llorando lágrimas de arrepentimiento, aurora de una eficaz conversion, que no le llevó á la Trapa ni á un desierto, sino á ser lo que Dios queria de él, un buen cristiano y un excelente padre de familia, exclamó con el alma:

—¡Bendita, bendita mil veces la Providencia!

V.

Esta fué la historia que la buena madre de Miguel quiso que

él mismo nos narrase; y al oirla nosotros de sus propios lábios, no pudimos ménos de exclamar:

—¡Feliz el hijo por quien ora su madre!

LUIS COLOMA, S. J.

(Mensajero del Corazon de Jesús.)

El Gran Consejo de Appenzel (Suiza) ha sancionado una proposicion del Consejo de Estado prohibiendo los bailes públicos en los domingos y demás fiestas religiosas.

«Permitir—dice—los bailes en domingo, seria alentar la vida de taberna, perjudicar la de familia y ofrecer un nuevo estímulo á la pasion del dinero, que amenaza á la pública moralidad. En dos años se ha podido ver á donde conduce la libertad de los bailes en el domingo; para muchas personas, el domingo, en lugar de ser un día de reposo para el espíritu y el cuerpo, vino á ser un día de ruina para la familia, y de perdición para las fuerzas intelectuales y corporales.»

El coronel del regimiento de caballería de Sesma, de guarnición en Valencia, ha dispuesto que el capellan del mismo rece todas las noches en el cuartel, con los soldados y oficiales de semana, el Santo Rosario.